

La mejor glorificación de los trabajos del señor Rector, son los méritos de sus antiguos discípulos, y el afecto de los presentes.

DEUS HONORAVIT PATREM IN FILIIS

(*Ecclesi, III, 3*)

DON BOSCO Y LOS NIÑOS

(EN LA VELADA CON QUE LOS SALESIANOS FESTEJARON EL CENTENARIO DE SU FUNDADOR)

Excelentísimos señores

Señoras y caballeros:

Sin la obligación en que me creo de dar gusto al Reverendo Padre Antonio Aime, no estaría yo, en la presente solemnidad, ocupando esta tribuna. Ocho años há, con ocasión parecida, ensayé un breve elogio del venerable Juan Bosco y de sus hijos; y nunca segundas partes fueron buenas, al decir del príncipe de los ingenios españoles. Además, la fatiga de estos últimos meses escolares no me deja ánimo ni tiempo para escribir algo menos indigno del santo personaje cuyo centenario estamos festejando y del auditorio ilustre que me escucha. Pero el Padre Aime pidió y yo incliné dócilmente la cabeza.

Preguntaréis de dónde sale esta ley novísima no contenida en ningún código humano ni divino. De que el superior de los salesianos no sólo ama al prójimo, como es propio de todo buen cristiano, sino a cada prójimo en particular; no sólo con la voluntad, sino también con el corazón; no con amor de padre, que es fuerte y está templado por la autoridad, sino con mimos y blanduras maternales. Como es natural al hombre, a menos que se halle pervertido, pagar afecto con afecto, y éste se traduce en obras, yo quiero mucho al Padre Aime y se lo manifiesto esta noche, complaciéndolo, a costa de

un ligero sacrificio. Si fuera grande, ni él me lo pediría, ni consentiría en aceptármelo.

No hay lectura, para mí, después de la Escritura Sagrada, tan deleitosa como las vidas de los santos. Entre los biógrafos de los servidores de Dios prefiero aquellos que los conocieron de cerca, oyeron sus palabras, fueron testigos de sus obras; y por eso, además de los primeros literarios, me hechizan las vidas de Santa Teresa y San Ignacio escritas por los clásicos Yepes y Rivadeneira. El Padre Aime fue protegido y discípulo de don Bosco, vivió en su intimidad, escuchó sus lecciones, presenció sus milagros, siguió paso a paso el desarrollo de sus labores evangélicas, y trazó después un buen retrato de su bienaventurado maestro. No es una copia del cuerpo, sino del espíritu del Fundador; no pintada sobre lienzo o esculpida en mármol, sino efigie viva, de carne y hueso, que no sólo reproduce las facciones sino continúa la obra del modelo. La imagen del venerable Bosco es el Padre Aime.

El egregio sacerdote piemontés, nacido hoy hace cien años cabales, y sus discípulos los salesianos recibieron de Dios un encargo especial en orden al remedio de las novísimas dolencias de la época presente. Formarán un compendio de la vida del santo, de la historia de su congregación, los discursos de esta velada, escritos por doctas plumas y pronunciados por labios elocuentísimos. Ni quisiera repetir lo que habéis oído, ni adelantarme a lo que escucharéis en breve.

Ignoro cuál de las obras salesianas será más admirable, más meritoria a los divinos ojos, más provechosa a la Iglesia y a las almas; pero sé perfectamente cuál es la que de preferencia me seduce y enamora: la de proteger la infancia desvalida. Por allí empezó don Bosco su tarea; aquélla me parece que fue su labor predilecta, el centro a cuyo rededor giran las demás en órbitas inmensas.

¡El niño! El ser más grato al corazón de Jesucristo, mi Señor, quien ordenó a los apóstoles que le dejaran

llegar los pequeñitos; puso a los párvulos como modelos al que quiera alcanzar la bienaventuranza, y los juntó en torno, les permitió sentarse en sus rodillas y los bendijo después de acariciarlos. A todos nos llama a la felicidad eterna, pero no declaró poseedores actuales del Reino de los cielos sino a los pobres, a los niños y a los que padecen persecución por la justicia.

Ante todo, aunque parezca trivialidad decirlo, el niño es un hombre. Será pequeño de cuerpo, con las facultades intelectuales aún en cierne; pero posee cuanto constituye sustancialmente la criatura racional, la obra maestra de Dios entre los seres visibles, imagen del Supremo Hacedor, mundo en compendio, monarca y sacerdote natural de todo el universo. ¡Qué nobles y, al propio tiempo, cuán ruines quedamos después de la caída original! Grandes, por lo que el Padre celestial puso en nosotros; pequeños, por los estragos de la culpa. El niño cristiano conserva toda la luz, no oscurecida todavía por las tinieblas. Ama y dice sin esfuerzo la verdad, y somos los adultos los que, con pretexto de educarlo, le enseñamos el disimulo y la mentira; posee el sentimiento innato de la justicia y se enoja cuando le arrebatan lo que él imagina su derecho, pero no sabe odiar; se defiende, pero no conoce la venganza. Tiene un instinto certerísimo para conocer quién lo ama, y corresponde sin esfuerzo al cariño, sobre todo a la ternura materna. Ponedlo entre una reina recubierta de oro y pedrería y la humilde labradora a quien debe la vida; y volverá la espalda a la princesa, para correr, con los bracitos abiertos, al seno de la aldeana. La fe que recibió en el bautismo y que palpita en él en forma de hábito infuso y sobrenatural prorrumpe en acto a penas llega a conocer, aunque sea confusamente, las verdades reveladas. Ante la Eucaristía sagrada o la imagen de la Virgen, no es que el niño se arrodilla, sino que las rodillas se le doblan; él no pone las manos, sino que las manecitas se le juntan. No sabe de codicias de riqueza, ni de ambición de honores, ni conoce los deleites sen-

suales. Quien, a fuer de sacerdote y pedagogo, penetra al fondo del alma infantil y ve aquella conciencia al descubierto, cree hallarse en el vestíbulo del paraíso, alumbrado por los destellos de la gloria.

Este cuadrito, que no es dibujo mío, sino ampliación de un pasaje de San Juan Crisóstomo, se embellece más si al modelo, ennoblecido por la niñez, se le agregan las excelencias de la pobreza. Un niño pobre es dos veces dueño del reino de los cielos; es imagen completa del divino Jesús de Belén y Nazareth. Si Dios me concediera ver a mi Salvador, con mis ojos, en un solo pasaje de su vida, no elegiría yo la ascensión al cielo, ni los padecimientos del Calvario; tampoco la multiplicación de los panes o la resurrección de Lázaro, sino que preferiría adorarlo con los pastores en el pesebre, o acompañarlo una jornada en la huída a Egipto, o pasar con él un día en la humilde casita de José, el carpintero.

La Iglesia católica, que es madre, se ha preocupado en todo tiempo de la suerte de los niños desvalidos; y ha redoblado la solicitud en la época moderna, en que el abuso de la civilización ha empeorado las dolencias de los cuerpos y los peligros de las almas. Muchas son las órdenes y congregaciones religiosas fundadas con fin tan importante. Estas reciben en los brazos al expósito, huérfano sin que hayan muerto sus padres; aquellas despiertan la fe y la piedad en los pequeños y los inician en los rudimentos del saber; unas brindan la educación primaria, otras enseñan las letras, las ciencias o las artes. El salesiano toma al niño necesitado en la edad en que se lo halla, y le sirve de madre, y de padre en seguida; y luego de pedagogo y de catedrático y de maestro de taller, y es al mismo tiempo guía y consuelo, defensor y amigo. Escudriña aquel tesoro que Dios le ha confiado para ver lo que contiene, y desarrolla todo lo bueno que se encuentra, sin violentar las inclinaciones rectas; y así de las casas de don Bosco salen hábiles artesanos, agricultores entendidos, adine-

rados industriales y mercaderes, nobles cultivadores de todas las manifestaciones de la verdad, el bien y la belleza. No pierden de vista ni sueltan de la mano a su discípulo el día que deja el obrador o la escuela. ¿Acaso los padres se olvidan de sus hijos o se interesan menos por ellos así que los ven cumplir la mayor edad, o llegar a la cumbre de la prosperidad y la gloria ?

La Providencia hizo pasar a Juan Bosco por todos los infortunios que lo llamaría más tarde a remediar, para que, no ignorante de los males, aprendiese a socorrer a los miserables :

Non ignara malis, miseris succurrere disco,

que dijo la reina de Cartago inmortalizada por Virgilio. Nació el futuro apóstol de ínfima familia labradora, perdió pronto su padre, supo lo que es hambre, desnudez, rudo trabajo ; pasó la niñez en el oficio de pastor, sintió los desprecios y humillaciones que son, en el mundo, herencia de los pobres y de los pequeños. A una desgracia temporal no lo sujetó Dios, la de perder a su madre en los primeros años de la vida. ¡Y qué mujer aquélla! Era tan indocta que no sabía leer y tan sabia que educó al Vicente de Paúl del siglo XIX, le inspiró las obras más portentosas y se las ayudó a llevar a término. El sacerdote necesita tener un corazón maternal, y esa ternura no se aprende sino sintiendo el hombre en sí mismo los efectos del amor de su propia madre.

A fin de prepararlo al oficio de maestro, el Señor hizo más tarde a su siervo letrado, y sabio en ciencias humanas y divinas; le concedió prestigio superior al de los monarcas; le otorgó el dón de profecía y el de milagros, y le infundió la prudencia de la serpiente, sin mermarle la sencillez de la paloma. No hubo en su tiempo varón más grande, ni más humilde; tan acaudalado juntamente y tan pobre como él; inerme y casi omnipotente.

El atribuía, con razón, el éxito de sus labores a la intercesión y amparo de María Auxiliadora, la Inmacula-

da Virgen que venció a los agarenos en el golfo de Lepanto y ante las murallas de Viena; restituyó a su Sede romana al Sumo Pontífice Pío VII, después del destierro y las prisiones de Savona y Fontainebleau; ilumina a los maestros, porque es Sede de la Sabiduría; convierte a las almas extraviadas, por ser Refugio de pecadores; enjuga lágrimas, como Consuelo de los afligidos; cura o alivia las dolencias, en calidad de Salud de los enfermos, y acoge a los niños pobres, que le recuerdan al Divino Infante Jesús, a quien ella amó y cuidó como a su hijo, amó y adoró como a su Dios.

En estas gloriosas festividades centenarias, que dejarán imperecedero recuerdo en todos cuantos hemos tenido la felicidad de presenciárlas, han tomado parte todas las entidades y categorías de la nación, desde las altas autoridades eclesiásticas y civiles, hasta los alumnos antiguos y los actuales de los colegios y talleres salesianos; pasando por las damas y caballeros de nuestra más selecta sociedad bogotana y por eximios artistas de la música, la elocuencia y la poesía, todos los cuales han traído el esfuerzo de su inteligencia o el de sus manos, y, cuando menos, el honor de su presencia y la honra de su aplauso. Me he nombrado esta noche, sin autoridad alguna para ello, vocero de los niños, de los que empiezan a instruirse en las escuelas y a aprender en los talleres, de los que hierven en los oratorios festivos, de los que ven sus tiernos cuerpecitos medio devorados ya por el monstruo insaciable de la lepra, para decir que ellos bendicen a Dios, que hizo a don Bosco tan santo, tan compasivo y cariñoso; alaban a María Auxiliadora, que le sirvió de consejera y madre celestial; a la santa Iglesia católica romana, que produjo, en esta época de incredulidad y corrupción, semejante flor de santidad, fruto tan sazonado de virtud y de celo; al venerable Juan Bosco y a sus hijos, que, junto con el pan del cuerpo, les han prodigado vida de inteligencia y corazón. Los pequeñitos no saben expresar, ni aun interiormente, estos afectos, pero los tienen, con un ar-

dor que ya envidiaríamos los viejos. El grito de un niño que clama *¡mamá!* cuando lo apartan de ella o cuando lo vuelven a su presencia, encierra lo que no cabe en largo discurso del orador más elocuente.

No me otorgó Dios la merced de llamarme al estado religioso, pero, después del sacerdocio y antes de algunos títulos que me han dado los hombres, estimo el de cooperador salesiano y el de amigo, aunque indigno, de los hijos de don Bosco.

R. M. CARRASQUILLA

Agosto 16 de 1915.

EL EMPIRISMO MODERNO

Descartes, Mallebranche y Espinosa contemplaron desde el punto de vista ideal la oposición entre el sér y el pensar, entre la materia y el espíritu, con prescindencia del aspecto real del problema; y por este olvido sus sistemas son incompletos y dan una resolución inaceptable de la dificultad del proceso mental para llegar al conocimiento de la verdad.

Como eran insuficientes y falsos, dieron origen, como era natural, a una violenta reacción contra sus principios; reacción que desechaba el aspecto ideal y atendía únicamente al aspecto realista de la cuestión y que fundó la escuela empírica o experimentalista que no concedió importancia y verdad sino al hecho en sí, al fenómeno, a la experiencia objetiva.

El precursor del empirismo moderno fue el inglés Tomás Hobbes. Este autor tiene una verdadera importancia en la historia de la filosofía práctica, en la política; sin embargo, después de su primera obra y para cimentar la teoría naturalista del Estado, su pensamiento tomó un giro más universal en sus obras: *De Cive*, *Leviatham*, *De Corpore* y *De Homine*; pero la tendencia empírica no alcanzó su perfecto desarrollo sino con su compatriota Juan Locke.